

# TRABAJO



ORGANO DEL PARTIDO COMUNISTA DE COSTA RICA

**Compañeros Trabajadores: El Congreso y el Ejecutivo se están burlando de nosotros. Después de tanta algazara los protegidos van a ser los únicos que no necesitan protección: los capitalistas!**

**Preparémonos para defendernos!**

APARTADO DE CORREOS No. 1386

DIRECCIÓN: —Comité Central Ejecutivo del Partido Comunista de Costa Rica

PRECIO: DIEZ CENTIMOS

AÑO II

SAN JOSE, C. R., DOMINGO 18 DE JUNIO DE 1933.

NÚM. 42

EDITORIAL

PANORAMA MUNDIAL

## LOS REFORMISTAS ANTE LA CRISIS

### El Gobierno se burla descaradamente de los trabajadores

Los diputados reformistas han pretendido aportar también su contingente para solucionar la crisis económica que confronta el país. Sus actuaciones hasta ahora se habían concretado a simples poses ridículas, tan ridículas como las de todos esos títeres desvergonzados que actúan en el Congreso en un terreno abiertamente capitalista. Pero hoy, de esas poses han pasado ya a formular proyectos con la mayor prosopopeya. Para eso, hicieron lo que nunca han hecho. Se reunieron todos teatralmente en una oficinita, cerraron la puerta y se echaron a dormir o se pusieron a contar chistes. Al cabo de un rato, abrieron la puerta y se tiraron a la calle en la seguridad de que habían hecho lo suficiente para que la gente creyera que acababan de tener una larga y complicada deliberación. Padilla, el economista del grupo, llevaba en una de las bolsas del saco un proyecto ya redactado que es el que vamos a comentar, y ese proyecto, así doblado como Padilla lo llevaba fué puesto en manos del Jefe, el general Volio, para que lo presentara a la consideración del "soberano Congreso". Y todos quedaron muy ufanos porque ya estaban procediendo como proceden los grupos parlamentarios en los grandes parlamentos europeos. Por qué había, de quedarse ellos atrás? En las actuaciones de estos hombres que llegaron al Congreso con máscara proletaria, no se ve otra cosa que un afán de darse importancia, de exhibirse, de moverse en el mismo plano y en el mismo nivel intelectual e ideológico en que se mueven esas mediocridades parlamentarias de Juan Rafael Arias, Ernesto Martín, Julio Acosta, Dobles Segreda, etc. etc. agigantadas por la ignorancia y la estupidez que reinan en nuestro prostituido ambiente intelectual—burgués. Los reformistas quieren codearse con esos personajes que más bien son recipientes repletos de latinazos, de artículos del Código de Napoleón y de trozos de la Iliada y de la Odisea. En esa forma, todos se nos parecen al loco aquel del Quijote que estaba en sus cinco de que era Neptuno; o al otro que se declaraba Napoleón Bonaparte. Estos se declaran "Economistas" y ni los fracasos abundantisimos de sus actuaciones los convencen de lo contrario. Pero vamos a los proyectos reformistas.

Son dos. Uno que publicó La Tribuna el martes próximo pasado; y otro, de que nos habla el mismo periódico en su edición de hoy.

El primero, tiene un prólogo con esta frase: "Nuestra intención ha sido refundir en este plan el auxilio que demandan de nosotros las industrias nacionales a fin de protegerlas a todas procurando que no se perjudique ninguna" Ya vimos en otra ocasión que eso de proteger las industrias nacionales significa proteger a los cafetaleros, a los ganaderos, y a los capitalistas deudores de Bancos. Pues ese es el único objetivo del proyecto reformista. Y los farsantes ni siquiera por guardar apariencias hablan de la necesidad de proteger a los trabajadores. El mecanismo de este proyecto consiste en que se pone en manos del Banco Internacional el monopolio de letras, las cuales las compra este Banco al 450 para venderlas al 500, ganándose en consecuencia un 50 por ciento que es el que se destina a solucionar el problema económico. Ese 50 por ciento saldrá prácticamente de la bolsa de los comerciantes que son los que compran letras (Ya tenemos a los cafetaleros intoxicados). Ahora bien, los comerciantes no perderán ese 50 por ciento sino que lo sacarán de los consumidores con lo que bonifican los reformistas el refrán aquel de que "del mismo cuero salen las correas" Este proyecto descansa pues íntegramente su peso sobre las espaldas del pueblo.

Ahora bien; pongamos a un lado el hecho real de que ese 50 por ciento no significa una suma capaz de solucionar ningún problema, y veamos la distribución que de él hacen los reformistas: 1/3 para "préstamos al comercio, a la agricultura y a los criadores de ganado"; 1/3 "para emplearlo por mitades en el saneamiento de créditos del Banco Internacional y del

## Los primeros fracasos de la Conferencia Económica Mundial

En nuestra pasada edición, salida a la calle el día anterior a la inauguración de la conferencia económica mundial, hicimos comentarios pesimistas acerca de ella. Alguien argumentó por ahí a propósito de esos comentarios, que los comunistas lo veíamos todo de color negro. Pero los hechos, la "terca realidad", ha venido a demostrar que nuestro escepticismo tenía más base que ese optimismo profesional de los discípulos del doctor Pangloss, el personaje volteriano que siempre se encontraba habitando en el mejor de los mundos.

Todos los pontífices de la política internacional hablaron, hasta por los codos, de la firme intención unánime de discutir en Londres en un ambiente de "camaradería".

Crédito Hipotecario"; y 1/3 "para que el Ejecutivo lo invierta en caminos vecinales PARA AMINORAR el problema de la desocupación". Deduzcamos de ese tercio dos tercios para materiales, y nos quedará que el auxilio para los desocupados es de 1/9 escasamente. Y como lo vemos, descaradamente HABLAN LOS REFORMISTAS de AMINORAR simplemente el problema de los desocupados, y a pesar de su convicción de que ese va a ser el resultado final de su plan, no tienen inconveniente en hablar de protección a los cafetaleros, ganaderos, etc. Resumen: que se va a sacar dinero al pueblo por medio de una alza del cambio, para dedicar una novena parte de ese dinero a proteger a ese mismo pueblo, y nueve novenos a los cafetaleros, a los ganaderos y a los capitalistas en general.

El otro proyecto, el que publica hoy La Tribuna, en síntesis consiste en esto: en que se rebajarán los sueldos de los empleados públicos y particulares para ayudar a los sin trabajo. Es decir, que se intenta descargar también el peso de la crisis sobre el otro sector explotado del país: el de los empleados públicos. ¿Y a los capitalistas, dirán los empleados públicos, por qué no se les tocó? ¿Y quien va a saberlo? Los señores reformistas tendrán sus razones.

A la vez que arrancamos la careta a estos desvergonzados demagogos, sentamos una vez más nuestra más enérgica protesta por la burla que se está haciendo en el Congreso y en el Gobierno en general, de las masas explotadas del país. Eso de que se siga en el afán de proteger exclusivamente a los que no necesitan protección, a los cafetaleros y a los ganaderos; eso de que se subestime el único problema que debe ser solucionado, el de los trabajadores desocupados, es algo que colma ya la medida de nuestra paciencia. Si estos farsantes le tienen miedo al capital, si no se atreven a tocarlo directamente, que lo digan así, pero que no sigan desorientando a las masas con su repugnante demagogia obrerista. Pero la verdad es que tampoco nos podemos limitar a protestar. Hacemos desde estas columnas un enérgico llamamiento a las masas, el cual repetiremos desde las tribunas públicas, para que levanten la cabeza, para que actúen con más energía, si es necesario en las calles. Ya es necesario proceder así. El Partido Comunista comprende el significado de este llamamiento; pero ante el deber imprescindible de hacerlo, no rehuye las responsabilidades que le correspondan. Por el contrario, está dispuesto a afrontarlas todas íntegras. Sería cómplice de la pillería gobernante, si no cumpliera con el deber de orientar a los trabajadores trazándoles una ruta de combate enérgico, la única capaz de conducir si no a una solución definitiva, si a una solución transitoria eficaz, por el momento.

Todos juraban a voz en cuello que para debatir cordialmente y para poder hallarle una salida a la crisis estaban dispuestos a deponer sus rencores y a situar en segundo plano sus egoísmos nacionalistas. Los tontos, y a los que no siéndolo les tiene cuenta simular tontería, creyeron o aparentaron creer en las rotundas afirmaciones hipócritas de los Mac Donald, Rossevelt y Cia. Veamos cómo han cumplido esos señores sus ofrecimientos, en el curso de esta primera semana de debates.

Mac Donald fué el primero que deslindó campos. En su discurso inicial se refirió con vehemencia al problema de las deudas de guerra, diciendo que mientras éste no fuera solucionado la cuestión de

solventar la crisis permanecería inabordable. Todos los países que soportan enormes gravámenes públicos derivados de sus gastos en los días de la matanza de 1914, entendieron el guiño. Hubo una serie de declaraciones terminantes de varios jefes de delegaciones, tendientes a corroborar la tesis de Mac Donald. Esta actitud produjo el inmediato descontento de la delegación yanqui. Los yanquis son los acreedores de Europa. De la guerra se aprovecharon para prestar muchos millones de dólares, con intereses crecidos, a los países de la Entente. Ahora, obligados por la doble crisis económica y fiscal que atraviesa el país, los yanquis están exigiendo el pago perentorio de esas obligaciones. Y si concurren a la Conferencia de Londres fué porque se les ofreció que el tema de las deudas inter-aliadas no sería abordado. Y sin embargo Mac Donald, burlándose con un desenfado muy de político burgués de sus compromisos con Roosevelt, aborrió de frente el espinoso asunto. El escándalo no es para contarlo. En el parlamento yanqui varios senadores han protestado de esa "falsía" y han pedido el retiro inmediato de la delegación ante la Conferencia. La prensa capitalista de Nueva York y de Washington ha disparado contra Londres sus baterías editoriales. La llamada "opinión pública" de Norteamérica—los magnates de la banca y de la industria—no han desimulado su olímpica cólera. El primer choque, pues, ha tenido lugar; y precisamente entre los dos más poderosos imperios de occidente.

A propósito de las tarifas, los razonamientos entre Estados Unidos e Inglaterra, continuaron. El jefe de la delegación yanqui, Hull, hizo un patético discurso, inflamado de esas invocaciones de profeta bíblico que son tan gratas a los políticos de E. E. U. U. En ese discurso aboga por la suspensión de las barreras aduaneras y por una entente universal en la cuestión de las tarifas. A su vez, el representante inglés Austín Chamberlain, quien hablaba a nombre de la política británica del proteccionismo que obtuvo en la Conferencia de Ottawa su "legalización", eludió la cuestión de las tarifas; no asignó interés ninguno a las declaraciones tarifarias de Hull; y concluyó señalando la cuestión de las deudas de guerra como uno de los factores determinantes de la crisis. Dos puntos de vista opuestos, dos tesis antagónicas, sostuvieron Hull y Chamberlain. Pero no se trata aquí de un debate teórico, intelectual, entre partidarios del libre cambio y partidarios del proteccionismo económico. No. Se trata de una escaramuza entre competidores de

mercados. De una peripecia más en ese encizado combate entre las potencias capitalistas para colocar sus mercancías. Con sus declaraciones altisonantes no busca Hull hacer triunfar el principio de "solidaridad humana", ideal acariciado por los libres cambistas doctrinarios e ingenuos, sino simplemente abrirle una brecha a Inglaterra, arrebatándole sus mercados coloniales. Por su parte, Inglaterra se atrinchera en el proteccionismo para impedir, gracias al mantenimiento de las murallas que para la mercancía extranjera son las altas tarifas aduaneras que rodean su imperio, que el competidor yanqui, penetre más todavía en su mercado nacional y en sus mercados coloniales de América y de Asia.

Podríamos seguir comentando una serie de rozamientos surgidos entre las grandes potencias que sesionan en Londres. Mas, los dos señalados bastan y para servir a nuestro propósito. Que no es otro sino el de destacar, una vez más, las contradicciones insolubles que entre las grandes potencias capitalistas existen y existirán. Esas contradicciones no resultan de la mala fé de los hombres; son derivación ineludible de la organización económico-social de los pueblos. Son el fruto fatal y lógico del capitalismo. Capitalismo y competencia son hechos imposibles de desvincular uno del otro. Competencia y lucha sin cuartel, encarnizada, entre los que compiten, son también circunstancias que siempre aparecen la una como la inevitable consecuencia de la otra.

No pueden ponerse de acuerdo las naciones capitalistas. Por eso, de la Conferencia de Londres no saldrán ni siquiera fórmulas para mejorar la espantosa situación de los cincuenta millones de hombres sin trabajo, ni ninguna medida capaz de restablecer la triste y cada vez más implacable. Pero, al mismo tiempo, el edificio capitalista se irá resquebrajando cada vez más. Agrietado como está, ya en ruinas como estará muy pronto, bastará para la clase obrera mundial darle a esa construcción—síntesis de rapiña, de explotación, de iniquidad—unos cuantos golpes concertados de piqueta, para que estrepitosamente se vaya al suelo. Asistimos a la agonia de un régimen. La clase trabajadora internacional debe estar lista a cumplir su papel histórico de sepultura de ese régimen y de forjadora de la sociedad armónica, sin clases ni injusticia social, del porvenir.